



6
pias.

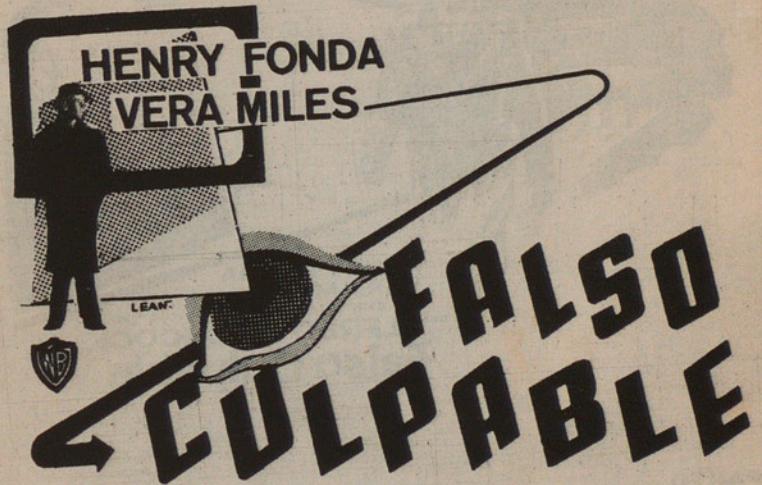
falso CULPABLE

VERSION COMPLETA

EDICION PARA ADULTOS

COLECCION FOTOFILM DE BOLSILLO N.º 21

Colección
FOTOFILM DE BOLSILLO
N.º 21 - 1959
PUBLICACIÓN SEMANAL PARA ADULTOS
EDICIONES MANDOLINA
BILBAO - MADRID



Derechos artísticos y literarios reservados

Depósito legal - BI 559 - 1959

Impreso en el año 1959 en los TALL. GRAFICOS FHER
Calle Villabaso, BILBAO (España)



...y todo empezó cuando

SALIO DEL STORK CLUB Y SE PUSO A ANDAR
ENTRE LAS TINIEBLAS DE LA NOCHE"



**HENRY FONDA
VERA MILES**

Y LA EXCITANTE CIUDAD DE NUEVA YORK

**ALFRED HITCHCOCK
Falso Culpable**

EN EL FILM DE



REPARTO

Manny Balestrero HENRY FONDA
Rose Balestrero VERA MILES
D'Connor ANTHONY QUAYLE
Feniente Bouers HAROLD J. STONE
Detective Mathews CHARLES COOPER
omasini JOHN HELDABRAND
Mrs. Ann James ESTHER MINCIOTTI
Constance Willis DOREEN LANG
Alice Betty Todd LAURINDA BARRETT
Gene Conforti NORMA CONNOLLY
Dolg Conforti NEHEMIAH PERSOFF
Robert Balestrero LOLA D'ANNUNZIO
Gregory Balestrero KIPPY CAMPBELL
Janiell ROBERT ESSEN
uez RICHARD ROBBINS
Mrs. O'Connor DAYTON LUMMIS
fissa Dennerly FRANCES REID
PEGGY WEBBER

FICHA TÉCNICA

Dirección	ALFRED HITCHCOCK
Productor asociado	Herbert Coleman
Guion cinematográfico	Maxwell Anderson y Angus MacPhail
Argumento de	Maxwell Anderson
Director de fotografía	Robert Burks, ASC
Director artístico	Paul Sylbert
Montaje	George Tomasini, ACE
Sonido	Earl Crain, Sr.
Música de	Bernard Herrmann
Director asistente	Daniel J. MacCauley
Decorados	William L. Kuehl
Supervisor de maquillaje	Gordon Bau, SMA
Supervisores técnicos	Frank D. O'Connor, Juez de Distrito de Queens County, Nueva York, y George Groves, Sargento del Departamento de Policía de Nueva York, Retirado.
Una película	WARNER BROS



...MANNY ERA MUSICO...

En la madrugada del día 14 de enero de 1953, Christopher Emanuel Balestrero se dirigía hacia su hogar, después de abandonar el famoso cabaret "Stork Club", en cuya orquesta tocaba el contrabajo. Era un hombre serio, amante de su familia y de excelentes costumbres. Su afán de todos los días consistía en dejar cuanto antes su trabajo y recogerse en su casa, junto a su esposa Rose y sus dos hijos.

Aquella madrugada del 14 de enero halló a Rose despierta...

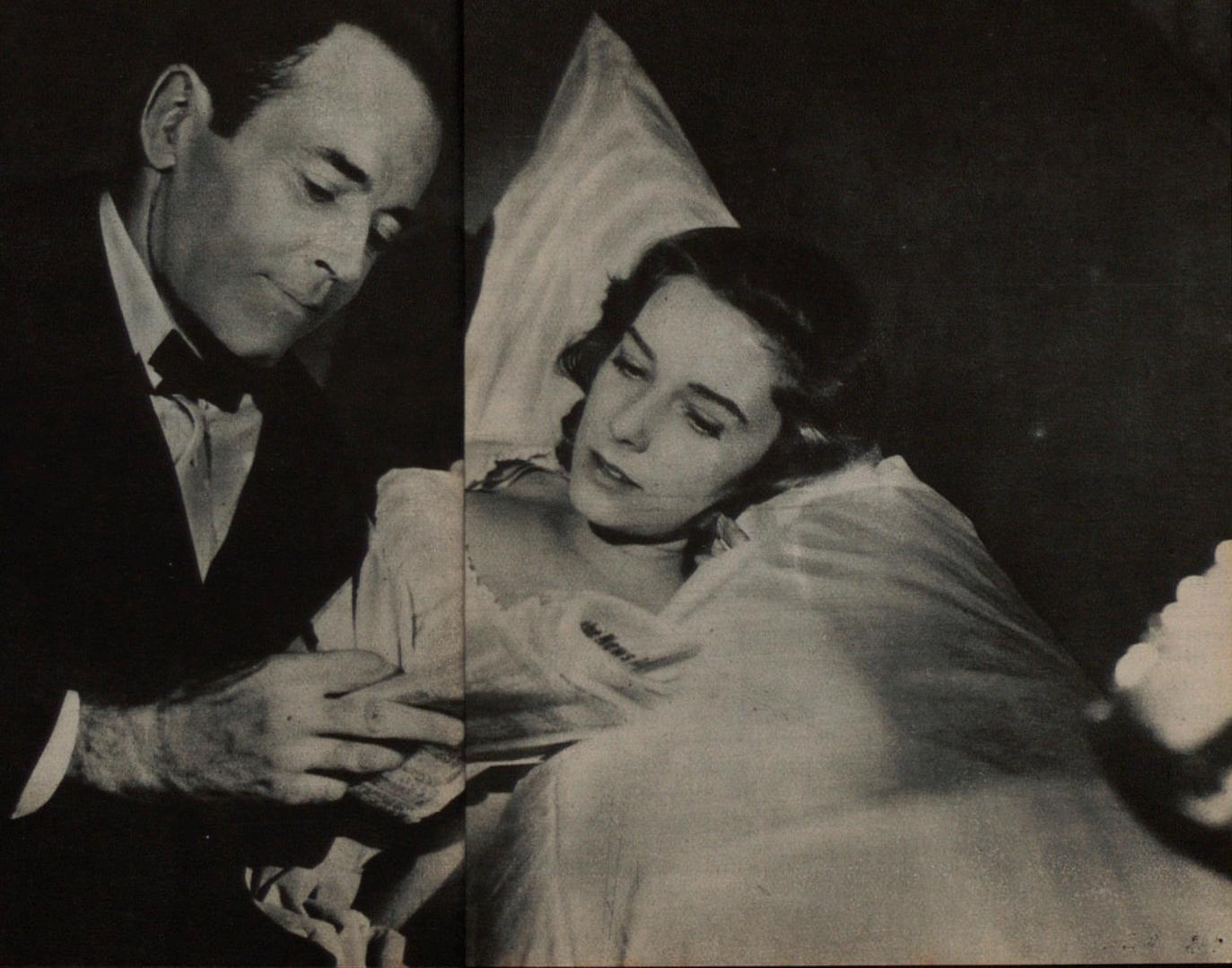
—Me duelen las muelas —le dijo ella, con gesto dolorido—. Casi no he dormido. Pero lo que más me duele es lo que nos van a costar. Ya me dijo el dentista a lo que ascendería la cuenta. Trescientos dólares por las cuatro muelas del juicio.

—Es mucho —murmuró él—. Pero ahora todo cuesta muy caro. No vamos a preocuparnos por unas cuantas muelas picadas.

—Bien, no nos preocuparemos, pero ¿cómo vamos a pagar la cuenta?

—Ya en otras ocasiones hemos tenido que liquidar

... UNA ESPECIE DE JUEGO



facturas muy crecidas de médicos —recordó Manny.

—Yo esperaba haber terminado ya con eso —estalló Rose. Sus nervios estaban deshechos, a causa del dolor de muelas y de los agobios económicos—. Tuvimos que pedir prestado, y luego permanecimos empeñados varios años para poder pagarla.

Manny tomó un periódico y anotó en una de sus hojas algo con un lapicero.

—¿Qué es eso? ¿Un crucigrama? —quiso saber su esposa.

—No, es una especie de juego que hago yo. Elijo los ganadores de las carreras de mañana y anoto lo que apostaría. Al día siguiente, veo si hubiera ganado o perdido.

—No estaría mal que ganases unos trescientos dólares —suspiró Rose.

Manny se frotó las manos, preocupado.

—Siempre tengo que pagar lo que recibo —aseguró—. No ganaremos trescientos dólares. Los pediremos prestados.

—Cada vez que conseguimos librarnos de deudas —se lamentó Rose—, ocurre algo que vuelve a hundirnos.

—Así es la vida —dijo tristemente Manny. Pero, al punto, en su rostro se di-

bujó algo que quiso ser una sonrisa—. Pero yo creo que somos felices... ¡Sí que lo somos! Nos queremos, tenemos dos chicos muy listos, yo tengo un trabajo que me agrada. Todo nos va bien... salvo ese dolor de muelas.

Hasta Rose tuvo fuerzas para sonreír.

—Sabes decir cosas muy bonitas —susurró—. Sí que somos felices.

Manny abrazó a su esposa, mirándola fijamente. Se sentía orgulloso de ella. La quería por encima de todas las cosas.

—Lo mejor que ha podido sucederme a mí —dijo, convencido de ello—, ha sido encontrarte a tí.

- O -

Al día siguiente, Manny se presentó en las oficinas de la Compañía de Seguros, donde su esposa tenía suscrita una póliza...

—¿Qué préstamo se puede pedir sobre esta póliza? —preguntó, mostrando los documentos a la empleada que le atendió a través de la ventanilla. —Es la de mi esposa.

La muchacha de la Compañía le miró con cara asustada, de lo que Manny se ex-



... ENCONTRARTE A TI ...

... EN LA COMPAÑIA DE SEGUROS...



... SOMOS DE LA POLICIA...

traño. Casi con temor, ella se retiró de la ventanilla y se dirigió al encuentro de una compañera de trabajo.

—Creo que ese hombre que acaba de llegar ya ha estado aquí otra vez —dijo quedamente—. Creo... creo que es el que nos atracó.

Todas las empleadas miraron en dirección a la ventanilla, disimuladamente.

—Es el mismo —aseguró otra—. ¿Qué podemos hacer?

Las mujeres temblaban, sin decidirse a realizar un solo movimiento. Manny se hallaba ausente de todo aquel espanto que sola su presencia había causado.

—Habla con él de la póliza —recomendó una de las empleadas que atendió a Manny—. Dile que se le puede hacer un préstamo, pero que tiene que venir su esposa.

Temerosa, la muchacha regresó junto a Manny.

—Esta es la cantidad que se le puede entregar como préstamo —le notificó, señalándole el pie de una columna de números—. Corresponde a las primas pagadas por su esposa.

—Está bien —dijo Manny—. ¿Y cuánto tardaríamos en conseguir el préstamo?

—Muy pocos días. Manny saludó, dió las

gracias y se fue.

—Encantada de haberle recibido —le despidió la empleada, asustada ella misma del valor que había derrochado al enfrentarse a aquel atracador.

Momentos después, el jefe de la oficina de Seguros era enterado por las empleadas de lo sucedido, y él se apresuró a avisar a la policía...

- o -

Manny giró una visita a casa de sus padres y, de regreso a la suya, en la misma puerta le salieron al paso dos agentes de paisano.

—¿Se llama usted Christopher Emanuel Balestrero? —le preguntaron.

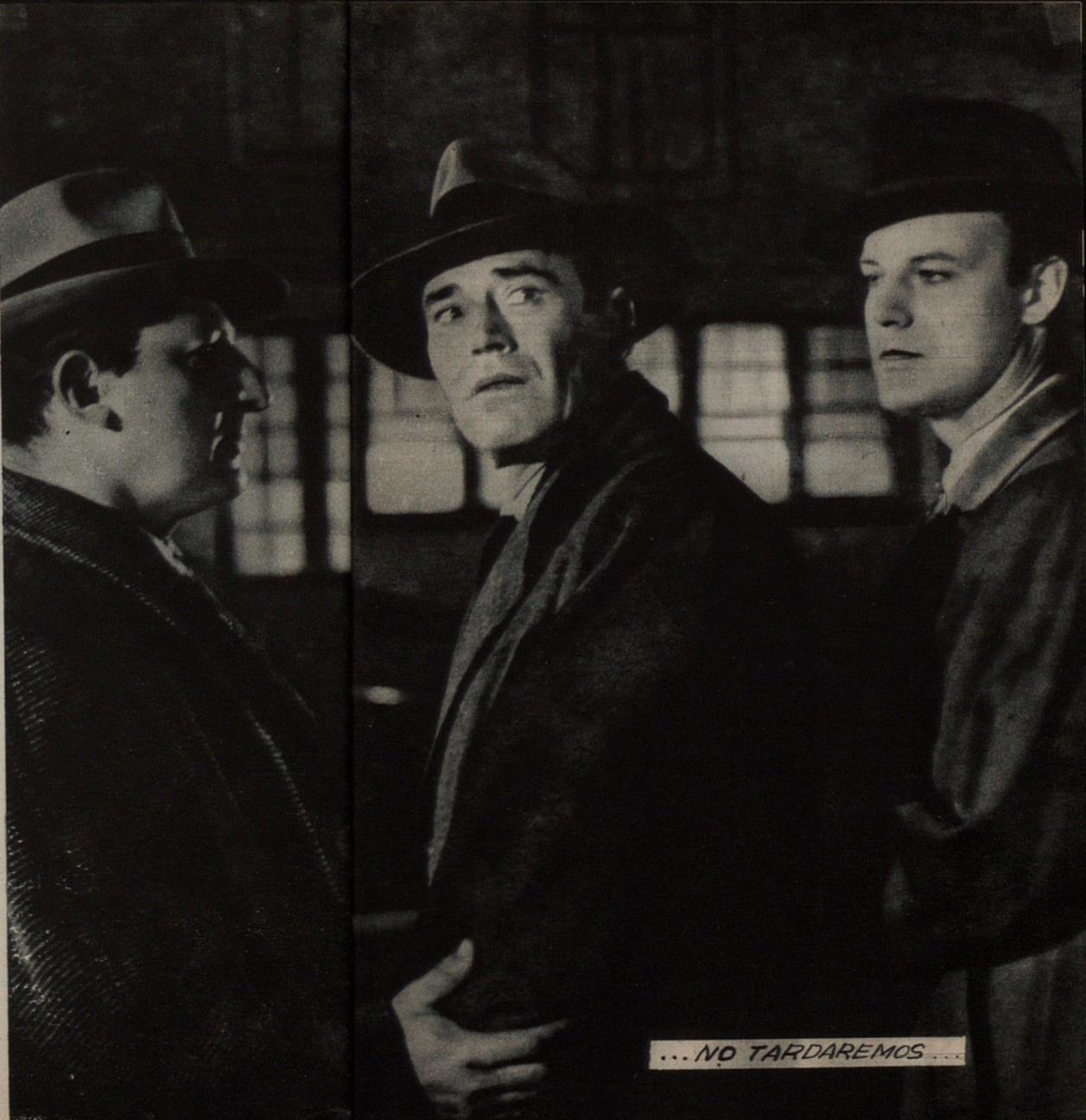
Manny asintió.

—Somos de la policía —continuó diciendo uno de los agentes—. Tiene que venir a la Comisaría con nosotros.

Manny les miró sin comprender. Era lo más inesperado que podía sucederle. Pero reaccionó, pensando que todo se debería a una desagradable confusión.

—Quisiera advertírselo a mi esposa —suplicó a los policías.

—Venga —apremió uno de éstos, llamado Bowers—. Ya



...NO TARDAREMOS...

se lo dirá usted después. Es en la calle 110. No tardaremos mucho.

—Quiero decírselo a ella —insistió Manny, pues no quería que Rose se impacientara por su tardanza. Pero los agentes se mostraron inflexibles. Manny iba a tener oportunidad, en las siguientes horas, de comprobar la dureza de la Ley.

—Venga a la Comisaría —ordenó Bowers, tomándole del brazo—. Allí le explicaremos de lo que se trata.

- o -

Llegados a la Comisaría, Bowers se mostró más explícito...

—Supongo que estará preguntándose por qué le hemos traído aquí, señor Balestro —empezó diciendo—. Ha habido bastantes atracos por esta zona, todos realizados por el mismo hombre. Diversas personas nos lo han descrito y, según parece, usted se ajusta a tal descripción.

—¡Eso es una locura! —exclamó Manny.

—Debe tratarse de un error —concedió el policía.

—Entonces, ¿por qué me retienen aquí?

—Hay que cumplir con ciertas formalidades. Cuan-

do se presentan denuncias, tenemos que cerciorarnos de si tienen fundamento.

—¡Pero si le digo que soy inocente! —casi gritó el pobre Manny, creyendo que de un momento a otro iba a despertar de aquella horrible pesadilla.

—Podrá ser, pero hemos de estar bien seguros antes de ponerle en libertad. Cuestión de rutina. Y no olvide una cosa: el inocente, no debe preocuparse. Solamente el culpable es quien debe preocuparse.

—Pero, ¿y mi esposa? —preguntó Manny—. Nunca dejó de avisar por teléfono cuando me retraso...

—Ahora necesitamos que usted nos ayude —le anunció Bowers, autoritariamente—. Queremos que nos acompañe a visitar unas tiendas. ¿Le molesta?

Manny inclinó la cabeza, resignado y aturdido.

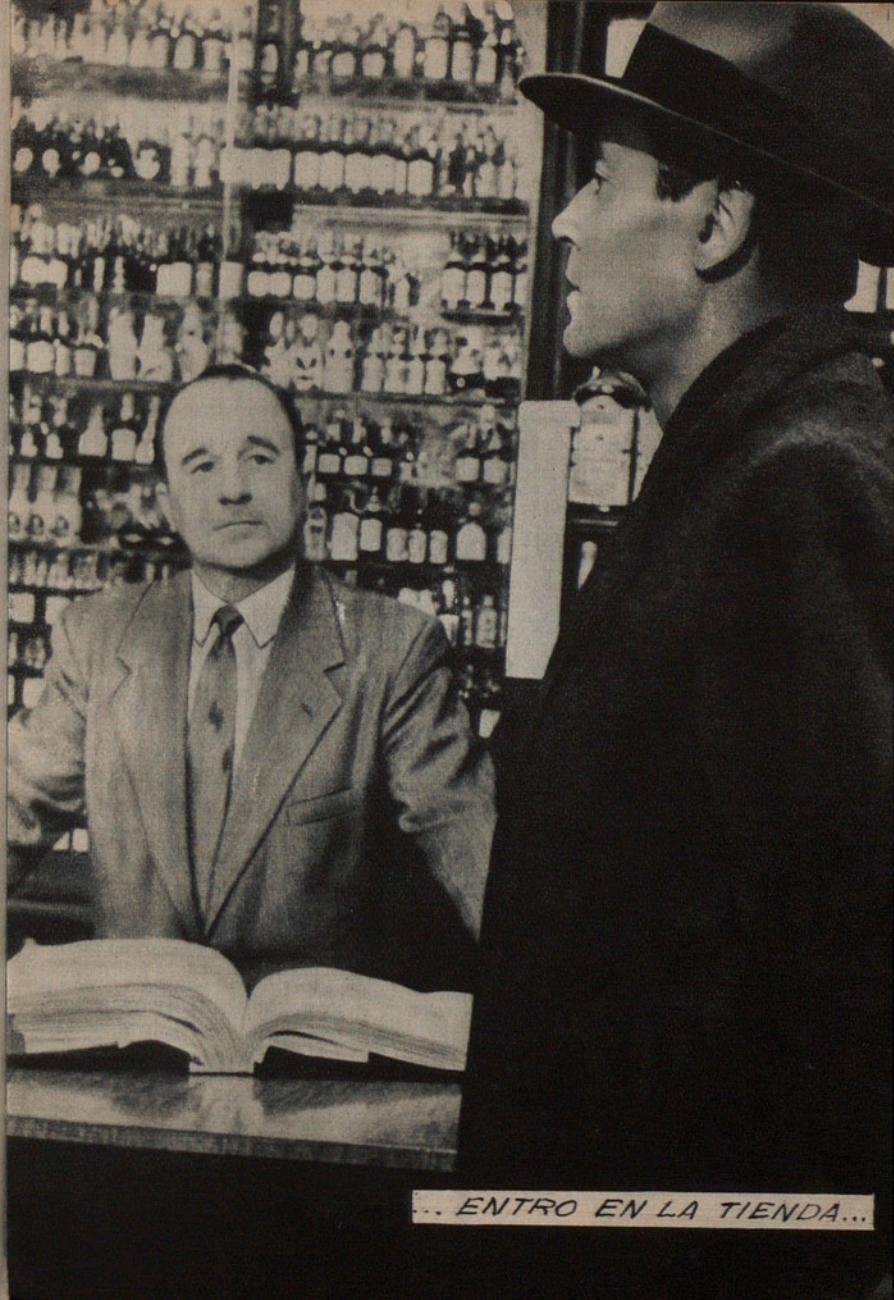
—No —murmuró—, si eso puede ayudar en algo.

- o -

Acompañado de los policías, Manny subió a un coche, y éste se puso en marcha.

—¿Usted a qué se dedica en el Club? —inquirió Bowers.

—Toço el contrabajo en la orquesta —respondió el



...ENTRO EN LA TIENDA...

detenido.

El otro policía de nombre Matthews, comentó con una risita confidencial:

—Allí lo deben pasar muy bien, ¿eh? Bebidas, baile, bullicio hasta altas horas de la madrugada... todo eso.

Manny le miró de un modo que hizo innecesaria toda respuesta. Sabía que estaban tratando de averiguar algo de su vida, sus costumbres, con el fin de formar una ficha completa acerca de su persona.

—Yo no bebo, —aseguró—. Ni bailo allí tampoco. No hago más que tocar.

Bowers señaló con un gesto la calle.

—¿Conoce usted este barrio?

—Sí, un poco —respondió Manny.

—¿Ha estado alguna vez en esa tienda?

Manny miró a través de la ventanilla y vió un comercio abierto. No recordaba haber estado nunca en él, y así lo declaró. El automóvil se había detenido.

Bowers abrió la portezuela e invitó a Manny a descerder. Luego, le dijo:

—Entre usted en él, entre hasta el fondo y de la vuelta y salga. Ya sabe, entrar hasta el fondo y volver a salir.

—Parecerá extraño —apuntó asombrado Manny.

—No —le informó el policía—. El dueño ya le está esperando.

—¿Y no digo nada?

—No es necesario que hable usted.

Con movimientos lentos, Manny cruzó la acera y penetró en la tienda. El dueño de ésta, desde el principio, le estudió atentamente. Manny caminó hasta el fondo y luego regresó a la entrada. Sintió la mirada del dueño clavada en sus mejillas, en su frente, en su nariz... y casi le hizo daño. Era la mirada que se dirigía a un maleante, a un hombre despreciable. Y él, Manny, en aquellos momentos, para el dueño del comercio, era uno de ellos.

Concluída la terrible prueba, regresó al coche.

—Suba le ordenó Matthews.

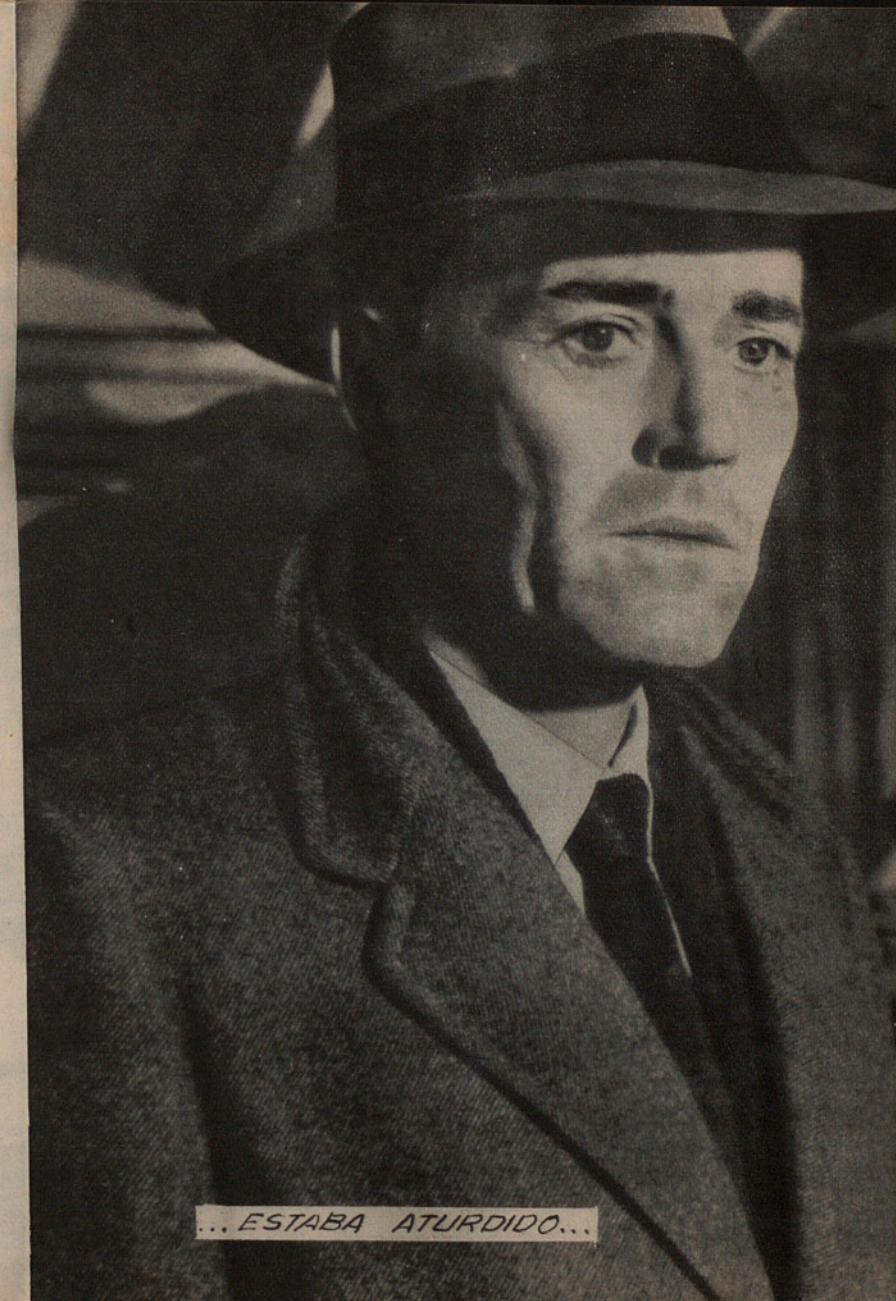
Una vez acomodado, prosiguió el interrogatorio.

—¿Va su esposa al Club algunas noches? —preguntó Bowers.

—Tenemos dos hijos —dijo Manny—. Y, aunque no los tuviéramos, eso cuesta dinero.

—¿La entrada?

—No, no se cobra la entrada. Pero todos los que van allí son ricos, y cual-



...ESTABA ATURRIDO...



... FIJENSE EN ESOS HOMBRES...



quier cosa que se tome es muy cara.

—¿Usted nunca tuvo suficiente dinero, verdad?

Manny no tuvo tiempo de responder. El coche se había detenido nuevamente.

—Quiero que entre ahí también —prosiguió diciendo Bowers, señalando otro comercio—. Ya le esperan. Haga lo mismo.

Manny, penosamente, descendió del coche y se dirigió a la tienda. Cuando entró en ésta, su dueño se le quedó mirando duramente.

—¿Le envía la Comisaría 110? —le preguntó.

Manny asintió en silencio. Hubiera deseado que la tierra le tragase. La esposa del dueño se le acercó.

—¿Puedo servirle en algo? —sonrió al que suponía cliente.

—Le ha enviado la policía —revelóle el marido.

Manny pudo ver como el rostro de la mujer cambiaba totalmente. Desapareció de él la sonrisa, siendo sustituida por un gesto hosco e irritado.

—¿Le reconoces? —le preguntó el esposo. —No, claro, tú no estabas aquí en Navidad.

—Pero si que estaba cuando entró aquel hombre en Noviembre —aseguró ella,

sin dejar de mirar a Manny.

—¿Quieres que entre otra vez?

—Sí —dijo ella.

—Haga otra vez lo mismo —ordenó a Manny el dueño del comercio—. Entre sin sombrero.

Manny se sintió humillado. Aquellas dos personas, que en otras circunstancias se hubieran desvivido por atenderle, ahora los tenía por enemigos. Es más, ansiaban que fuera el hombre que les robó. Deseaban su castigo.. El pobre músico siguió las indicaciones que se le hicieron, yendo hasta la entrada y regresando lentamente, con su sombrero en la mano. La mujer no apartaba la mirada de él.

—No estoy segura... —murmuró.

Su marido hizo una seña con la cabeza a Manny.

—Ya puede irse —le dijo.

Manny salió y subió al coche.

—Ahora, a la siguiente —ordenó Bowers, mecánicamente.

El coche se puso en movimiento. Manny dudó de si podría resistir otra prueba semejante...

- o -

Mientras tanto, Rose, alarmada por la tardanza de

su marido, telefoneó a la madre de Manny.

—Le debe haber ocurrido algún accidente —exclamó.

—¿Has llamado a los hospitales? —le preguntó la asustada señora.

—Sí, ya lo he hecho. No hay ninguno que se parezca a él. De no haber podido venir a cenar, me hubiese llamado para decírmelo.

Las dos mujeres colgaron sus respectivos teléfonos con la inquietud reflejada en sus semblantes.

- o -

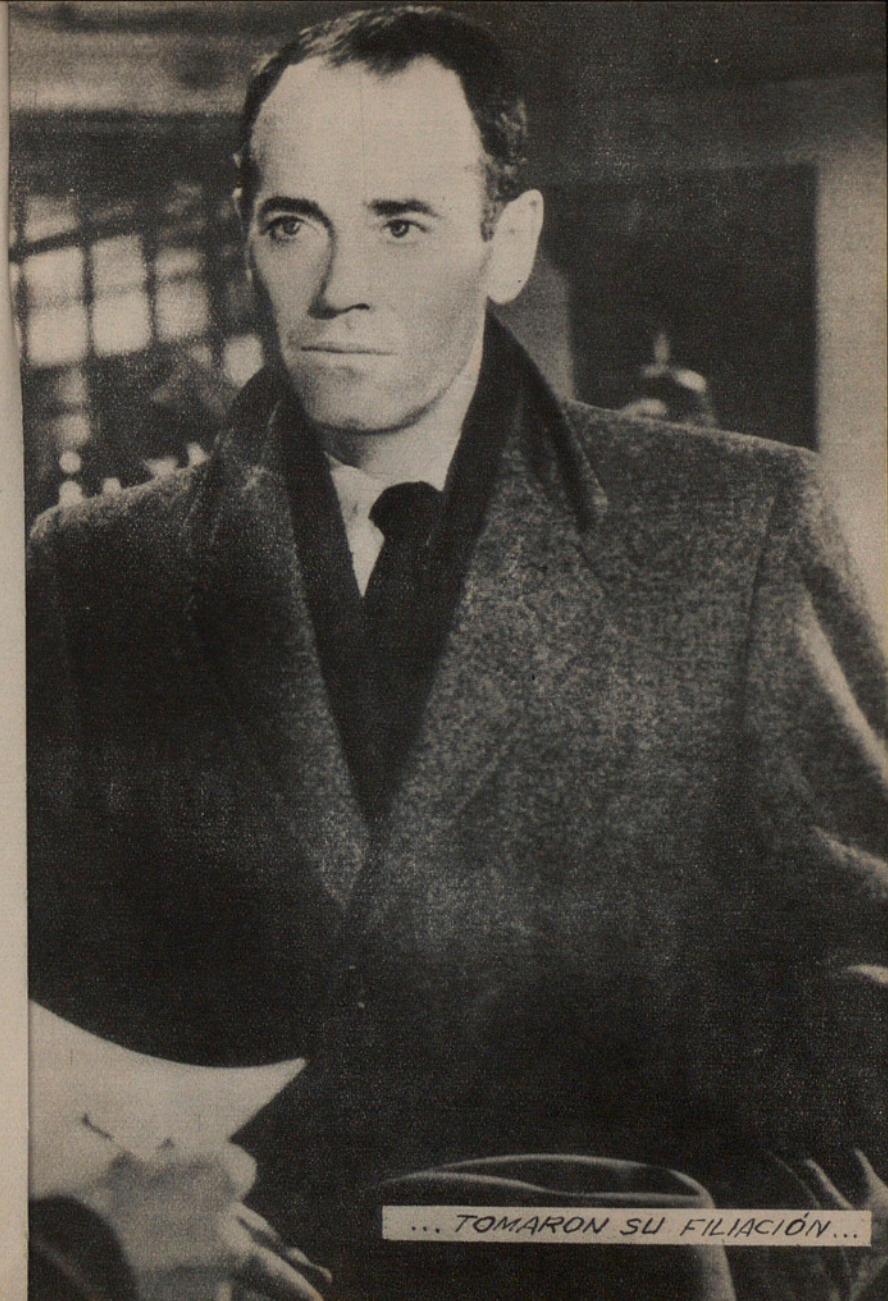
De nuevo en la Comisaría, prosiguió el interrogatorio que había dado comienzo en el mismo coche...

—¿Ha estado usted alguna vez en la Compañía de Seguros Asociados? —preguntó el policía Bowers.

—Hoy mismo estuve —dijo Manny—. Para saber qué préstamo podía pedir sobre la póliza de mi mujer. Era para pagar la cuenta del dentista.

—¿Había ido ya alguna otra vez?

—Sí, tenemos cuatro pólizas de seguros: la de mi esposa, la mía y las de los dos niños. F'n una ocasión en que los cobradores estaban en huelga, yo fuí personalmente



... TOMARON SU FILIACIÓN...

a pagar las primas. Hará cosa de un año.

—¿Y no ha vuelto? —inquirió Bowers, insistente.

—He vuelto hoy.

—Es decir, que no iba desde hace un año.

El segundo policía, Matthews intervino.

—De modo que hoy fue a pedir un préstamo. ¿Necesitaba dinero? —preguntó.

—Ya se lo he dicho. Para el dentista.

—¿Cuánto gana usted en el Club? —interrogó.

—Ochenta y cinco dólares por semana —contestó Manny.

—¿Después de deducir los impuestos?

Manny asintió.

—¿Ha apostado usted alguna vez en las carreras? —preguntó Matthews.

—Alguna vez, pero no con frecuencia —informó el acusado.

—¿Cuántas veces?

—Tres o cuatro, nada más.

—¿Va usted al hipódromo?

—Un amigo mío va siempre en su día libre —dijo Manny, algo aturdido— Yo he ido con él algunas veces.

—¿Ha pedido prestado alguna vez? —quiso saber Bowers.

Manny dijo que sí.

—¿Cuándo ha sido la última?



... PARA SU FICHA...

... ATRACO Y ROBO ...



—El verano pasado. Pedí cincuenta dólares cuando nos fuimos de vacaciones.

—¿Los devolvió? —preguntó Matthews.

—Sí.

—¿Le fue difícil devolverlos?

—Siempre es difícil devolver algo —contestó Manny, sintiendo que la cabeza le empezaba a dar vueltas. Alzó la mirada y exclamó nerviosamente: —Es que se me acusa de ser un atracador? ¿Les parece que lo soy? ¿A qué atraco se refieren ustedes?

Bowers miró al hombre que de modo tan excitado ha-

bía formulado aquellas preguntas. Su experiencia le decía que, seguramente, era inocente del delito del que se le acusaba. Su modo de actuar y hablar así lo decía. Sin embargo, ¡qué de magníficos comediantes se encontraban entre los delincuentes!

Movió la cabeza, asintiendo, y dijo:

—Tiene usted derecho a saberlo. Se lo diré. Se le acusa de ser el hombre que robó un atraco en las Oficinas de la Compañía de Seguros. Dicen que les robó usted 71 dólares el 18 de diciembre, y otros 200 más el 9 de junio del año pasado.



... EN LA CARCEL ...

Aseguran que estuvo usted allí dos veces. La última, hace menos de un mes.

—¡No es cierto! —gritó Manny—. ¡Yo no he hecho tal cosa!... ¡A mí no me han detenido nunca!

—Si no ha hecho usted nada —dijo Bowers, tratando de calmarle—, nada tiene que temer. Se le darán toda clase de oportunidades para demostrar que es usted inocente. Quiero que haga una

cosa que ha de ayudarnos mucho. El atracador entregó una nota escrita a la cajera. Voy a leerle lo que decía aquella nota. Usted la escribirá en letra de imprenta, y así comprobaremos si es usted el mismo. Como dice que no lo es, no escribirá como él. ¿Quiere hacerlo?

Manny asintió con la cabeza. ¿Qué otra cosa podía hacer que obedecer las indicaciones que se le daban y ver si surgía de algún sitio la esperanza salvadora?

El policía le proveyó de lápiz y papel y leyó lo siguiente:

— "Le estoy apuntando con una pistola. Tenga calma y no le pasará nada. Deme el dinero que hay en el cajón".

Manny escribió las frases anteriores nerviosamente, entregando después el papel al policía. Este, examinó el escrito y movió la cabeza.

— Quiero ser justo con usted —murmuró—. Le diré que hay cierta semejanza entre ambas notas. ¿Quiere escribirla otra vez? Deseo darle todas las oportunidades posibles.

Nuevamente, dictó el policía y escribió Manny. Al recoger el papel se advirtió en el semblante del primero una



... LE CONDUJERON...



mueca, mezcla de asombro y de curiosidad.

—¡Es una cosa muy notable! —exclamó, alzando la cabeza y mirando a Manny—. Y se presenta mal para usted.

muy mal. Tiene usted derecho a saberlo todo. No le voy a ocultar nada.

Manny se preguntó qué nueva noticia desagradable tenía que comunicarle.



—Tenemos aquí tres trozos de papel —prosiguió Bowers, mostrándolos—. Esta es la nota que el atracador entregó a la muchacha. Y ésta es la primera que

escribió usted al dictado. Hay cierta semejanza, pero eso no quiere decir gran cosa; muchas personas hacen iguales las letras mayúsculas. Pero yo le rogué que

escribiese de nuevo y, al hacerlo, ha ocurrido algo extraño. Dejo aquí su primera nota y le entrego la segunda. Léamela, Manny, léamela en alta voz. Lea exactamente lo que dice la segunda nota que ha escrito.

Manny tomó el papel que le entregaba y leyó lentamente:

— "Le estoy apuntando con una pistola. Tenga calma y no le pasará nada. Deme el dinero que hay en..."

Manny se interrumpió. Miró al policía y sonrió tristemente.

— Iba a haber escrito "el cajón", pero con los nervios dejé de poner la "n" —explicó.

Bowers clavó en él su mirada penetrante.

— Pues justamente así estaba escrita la nota del atracador —declaró—. ¿Cómo se lo explica usted?

Manny parpadeó, sin poder dar crédito a lo que acababa de oír. Sintió que sus pies se hundían más y más en un piso que se negaba a sostenerle.

El policía se levantó y ordenó a un subalterno:

— Que vengan los testigos para identificarle.

Colocaron a Manny en fila junto a otros acusados. Los testigos eran los dueños de

ITY PRISON QUEENS E COURT SQUA





las tiendas en las que el atracador había robado, y algunas empleadas de la Compañía de Seguros.

—Quiero que se fijen atentamente en los hombres que van a ver —les dijo el policía Matthews—. Mírenlos y cuénten de derecha a izquierda. Cuando lleguen ante el que reconozcan deténganse.

Se realizó la prueba. Todos señalaron a Manny como culpable, sin vacilar, sin hacer caso de los otros rostros.

Momentos después, el pobre músico, cada vez más aturdido, fue pasado al despacho del fiscal.

—Identificación positiva —informó Matthews—. Aquí

están las dos notas. Esta es la original, y esta la copia.

El fiscal miró a Manny, quien se movió inquieto.

—¿Ha escrito usted esta nota? —le preguntó.

El acusado asintió en silencio.

—Con el error que tiene —prosiguió el fiscal.

Manny asintió nuevamente.

—Los testigos le han reconocido. Será mejor para usted que confiese que robó en esas oficinas de Seguros. Hoy ha estado usted allí.

—Para pedir un préstamo sobre la póliza de mi mujer —indicó Manny, figurándose que aquella misma frase la había repetido ya mil veces en las últimas horas.

—A ver si encuentra otra explicación más verídica —exclamó el fiscal, perdida toda consideración.

—¡Pues esa es la verdad! —gritó Manny, desalentado.

—¿Va usted a basar en ello su defensa?

—¡Le estoy diciendo a usted la verdad! —insistió Manny, experimentando la sensación de que estaba golpeando una pared.

—No hay más remedio que encerrarle —dijo el fiscal.

La terrible frase sonó como un latigazo en los oídos del músico. ¡Iba a ir a la cárcel!

—¿Cómo puedo convenirle a usted? —preguntó, con desesperación.

—Invéntese otra historia —le recomendó despectivamente el fiscal.

Manny inclinó la cabeza. El poco ánimo que le quedaba se derrumbó y pareció un hombre perdido...

En aquellos momentos,

llamaron por teléfono de la Comisaría a la casa de Manny. Se puso al aparato su cuñado, Gene.

—Claro que estábamos preocupados —dijo al agente que telefoneó—. Espere, quiero asegurarme que lo he entendido bien todo.

El policía le repitió donde se hallaba Manny y bajo qué circunstancias. Gene colgó el aparato y se volvió a Rose y a la madre de Manny.

—Lo han detenido por robo en la Compañía de Seguros —les reveló—. Está encerrado en la Comisaría de la calle 110. Le llevarán ante el juez mañana a las diez de la mañana.

—¿Y va a pasarse toda la noche en la cárcel? —preguntó Rose alarmada.

—Eso es lo que han dicho —respondió Gene.

—A qué juzgado le llevarán? —siguió preguntando ella.

—Tendremos que averiguarlo.

Por su parte, la madre de Manny se hallaba consternada.

—¿Cómo ha podido ocurrirle eso a mi hijo? —se lamentó con desesperación—. ¿Estás seguro de lo que has entendido bien?

—He anotado lo que me dijeron —aseguró Gene. —Lo

han detenido por robo.

Rose se estremeció al oír la terrible acusación.

—Yo no puedo creer que... —empezó a decir.

—¡Manny no es culpable! —exclamó la madre, con decisión. Conocía demasiado bien a su hijo. Jamás cometría una acción semejante.

—¡Ya lo sé que no es culpable! —exclamó nerviosamente Rose—. ¿Cómo ha podido pasar esto?

—Ha debido haber alguna confusión —opinó Gene.

—Tenemos que explicárselo a la policía —dijo Rose, paseando por la estancia.

Gene asintió, pensativo.

—Iremos por la mañana —murmuró.

- o -

Para entonces, habían tomado a Manny la filiación completa, las huellas dactilares y cumplido con todas las demás formalidades. Ello acabó por destrozar el espíritu del pobre acusado.

Permaneció unas horas encerrado en una celda, de la que fue sacado para, en compañía del abogado de turno, presentarse ante el juez.

—Nuestra declaración es de inocubilidad —manifestó el abogado, en tono rutinario—.



... POR QUÉ NO VAN...?

nario—. ¿Puede aplazarse la vista hasta el dos de febrero?

—Sí, si se presta fianza por 7.500 dólares —declaró el juez.

—¿No puede reducirse la fianza? —solicitó el abogado—. Nunca ha estado detenido. Tiene familia y depende de su trabajo.

—Se trata de un atraco a mano armada. Es el mínimo en estos casos —dijo el fiscal.

—Se deniega su petición de reducción —sentenció el

juez.

Acompañado del policía Matthews, Manny salió de la sala.

—No me he enterado bien de lo que ha pasado —murmuró.

—Pasó usted al juzgado de Primera Instancia. Se ha decretado una fianza de 7.500 dólares.

Un rayo de esperanza llegó a la atormentada mente de Manny.

—Entonces... ¿puedo salir? —insinuó.

—Si se deposita esa fianza



... LA SEÑORA FERRERO...

—recordóle Matthews.

Manny suspiró, desalentado.

—Y quién me va a prestar a mí 7.500 dólares? —se lamentó débilmente.

—Hombre —exclamó el

agente—, tiene usted parientes, ¿no?

—¿Puedo ver a mi esposa? —quiso saber Manny.

—Sí, si ella viene a la cárcel.

Manny fue trasladado a la

prisión. Fue terrible para él hallarse dentro de aquellos imponentes muros, aquellas rejas de tan terrible significación, y en compañía de otros presos, gentes que le miraron extrañamente, como

si presintieran que no era uno de ellos. Sin embargo, allí estaba. Las pruebas le acusaban. Y la Ley sólo entendía de pruebas.

Horas más tarde, uno de los guardianes de la prisión

abrió la celda de Manny para comunicarle que habían depositado su fianza y conducirle hasta la puerta de la cárcel. En ésta, le esperaban Rose, Gene y su esposa Olga; Manny y Rose, al verse, se abrazaron con emoción.

—¿Quién puso el dinero de la fianza? —quiso saber él.

—Principalmente, Gene y Olga —explicó Rose.

Manny se volvió a sus cuñados.

—Olga, jamás olvidaré ésto. ¡Jamás! —les aseguró, con conmovido acento, que a Olga hizo casi llorar. Luego, miró a su esposa—. Cariño, no sabes cuánto te he necesitado.

—Vámonos a casa ahora mismo —dijo Rose, tomándole del brazo—. Tienes que comer algo.

Manny se dejó conducir. Creía haber nacido de nuevo.

—¡Nunca sabrás lo que ha sido! —murmuró, con mirada perdida. Rose le miró angustiada. Desde la última vez que le vió, parecía haber perdido veinte kilos, tal era la delgadez de su rostro y la debilidad que dominaba sus movimientos.

Lo primero que hizo Manny al llegar a su domicilio fue rogar a su esposa y a su madre que le permitieran



... EN ESTE LIBRO...

descansar, retirándose a su dormitorio, al que no tardaron en llegar sus dos hijos Robert y Gregory, quienes se quedaron mirando a su padre atentamente. Presentían que algo anormal sucedía en la casa, aunque nadie les ha-

bía comunicado exactamente lo ocurrido.

—¿Os han dicho donde estaba? —les preguntó Manny.

—No —confesó Robert.

—En la cárcel —siguió diciendo Manny, con voz ronca—, por un delito que no he

cometido.

Robert y Gregory parpadearon. En su inocencia, comprendían que su padre estaba viviendo una tragedia.

—iTú eres el mejor padre que existe! —exclamó Robert, a cuyos ojos aso-

maron algunas lágrimas.

—Gracias por decírmelo —sonrió Manny—. Deseo que jamás te ocurra una cosa semejante. Pero, si la tienes que sufrir, deseo que tengas un hijo como tú. ¡Nunca comprendí lo mucho que mis hijos representan para mí!

Robert se acercó a él. Había observado que los ojos de su padre se cerraban de sueño.

—Ahora, debes dormir un poco —le recomendó, cubriéndole con una manta.

- o -

El verse en su casa devolvió a Manny la moral. Era necesario buscar un abogado competente y poner el asunto en sus manos.

—El abogado del juzgado me recomendó a un tal señor O'Connor —recordó Rose.

O'Connor les recibió amablemente. Tras una corta conversación preliminar, rogó a Manny le refiriera la historia de su vida, cosa que él hizo. Al finalizar, el abogado declaró:

—Me basta con eso, señor Balestrero. Me haré cargo del asunto. Existe solamente una dificultad, que creo de justicia exponer: Me he ocu-



... SE DESPIDIERON...

pado muy pocas veces de asuntos criminales, de forma que quizás esté en desventaja en el juicio.

—Nosotros confiamos en usted y usted confía en nosotros —dijo Manny—. No pedimos nada más. Ahora, la cuestión de honorarios...

—No se preocupe por eso —expuso O'Connor—. De momento, ocupémonos de ganar el asunto. Vuélvanse ustedes a casa y esfuércense en recordar, ahondando en sus memorias, por ver si descubren dónde estuvieron exactamente aquellos dos días en que se realizaron los atracos.

—El primer día ya lo sabemos —dijo Rose—. Estábamos en el campo, de vacaciones.

—¿Pueden recordar lo que hicieron allí?

—El señor Ferrero nos ayudará —aseguró Rose—. Es el dueño del hotel.

—¿Por qué no van a hablar con él? —indicóles el abogado.

- o -

En un lugar muy pintoresco, el matrimonio Ferrero regentaba un hotelito que, en la temporada de verano, se veía muy concurrido. El señor y la señora

... ROSE PARECIA ENFERMA...





Ferrero confesaron a Rose y a Manny que, como se juntaron muchos huéspedes en la época en que estuvieron, no podrían asegurar dónde se hallaban en un día determinado, que era lo que

el joven matrimonio deseaba de ellos.

—El día que nos interesa llovió tanto que nos pasamos todo el tiempo jugando a las cartas en el interior —explicó Manny—. Eramos

cuatro. Pero no recuerdo los nombres de los otros tres. Uno de ellos era un hombre bajo, con unas cejas muy espesas... Otro era alto y andaba cojeando. Llevaba una especie de peluquín.

—Un tupé... en la frente —aclara Rose.

—Ese es LaMarca—aseguró el señor Ferrero sin vacilar—. Pasa aquí la mitad del verano.

—El tercero había sido

respecto a la segunda fecha, el 18 de diciembre, ¿recuerdan algún hecho que pueda servirnos de algo?

—Tuve un fuerte dolor de muelas antes de Navidad —declaró Manny—. No me gustaba salir con la cara hinchada.

—¿Se notaba? —preguntó O'Connor.

—Sí, los compañeros de la orquesta me gastaban bromas.

—¿Fue usted a ver al dentista?

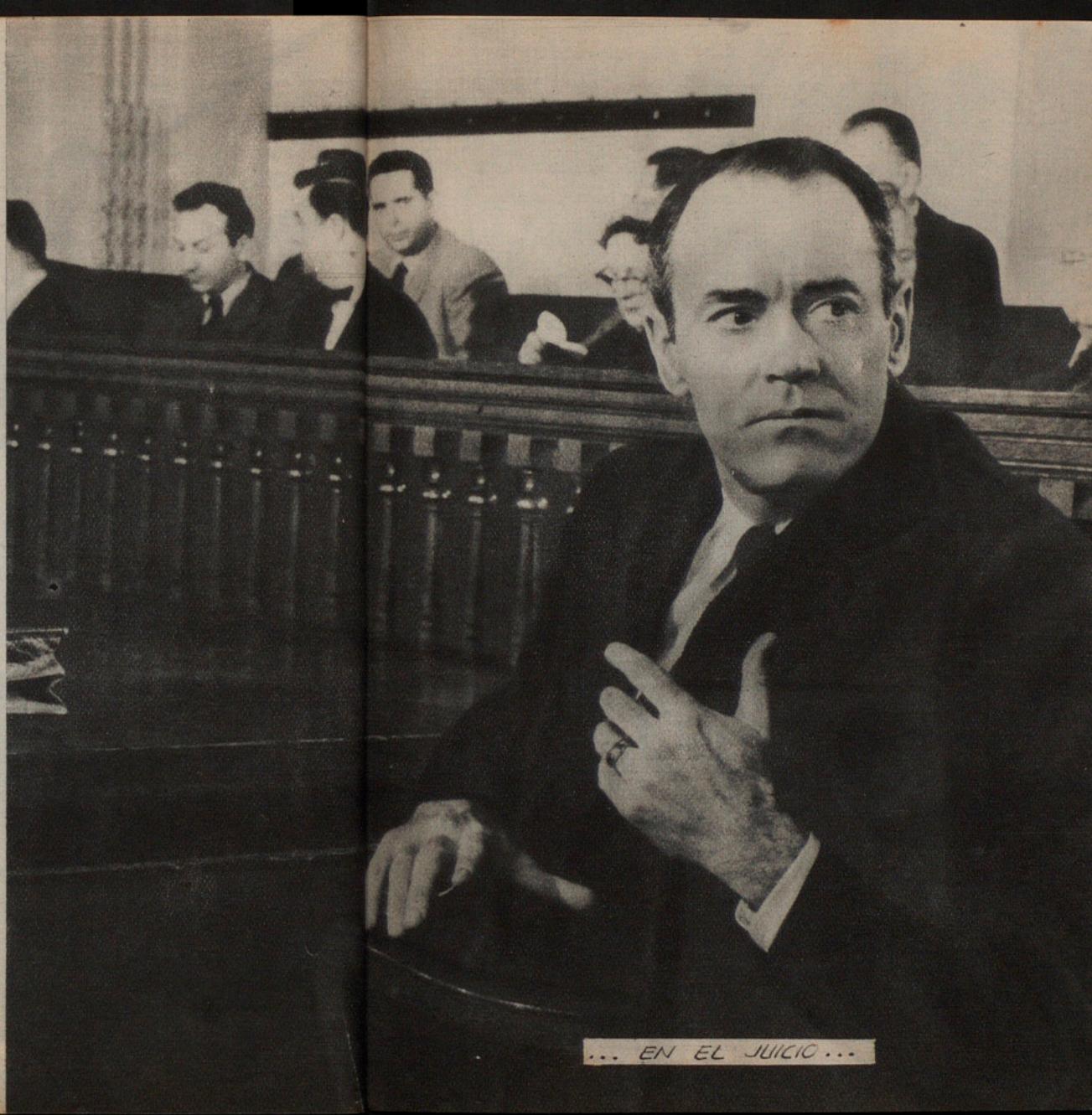
—Sí, varias veces.

—Podrá servir de testigo —aseguró animosamente el abogado—. Si tenía usted la cara hinchada el día de autos, se hubiera notado. Las chicas que declararon contra usted no han mencionado tal cosa... También haremos que acuda un perito calígrafo, para demostrar que la letra de usted difiere de la del atracador.

O'Connor se levantó y lo mismo hizo el matrimonio.

—Quiero que sigan recordando todo lo de las vacaciones —dijo—. Nos veremos de nuevo pasado mañana. ¡Hemos de ganar este asunto!

Sus optimistas palabras no afectaron en absoluto a Rose. Durante toda la visita había permanecido con la



... EN EL JUICIO ...



... ¡ES CULPABLE!...

mirada perdida, como ausente de lo que se estaba tratando en el despacho. O'Connor, que la había venido observando atentamente, preguntó en un aparte a Manny:

—¿Está siempre así?

—No —murmuró él—. No lo entiendo.

—Haría usted bien en que la viese un médico —le recomendó el abogado.

- o -

Aquella noche, Manny acudió al "Stork Club", a tocar en la orquesta. Lo hizo mecánicamente, atormentado como estaba por tantas y tan graves preocupaciones. Al regresar a su casa, de madrugada, halló a Rose levantada.

—¿No te has acostado? —le preguntó. —Hace frío.

—No puedo dormir —murmuró ella.

—Creo que debe verte un médico —indicó Manny.

Rose se volvió a él, rápidamente, con furiosa mirada.

—¿Por qué? —exclamó—. ¿Para qué me va a ver el médico?

—Cuando una persona no come ni duerme, y pierde todo interés por las cosas, creo que un doctor puede ave-

riguar lo que le pasa. Parece que ya no te importa lo que puede ocurrirme en el juicio.

—No es cuestión de lo que me importe —exclamó Rose, nerviosamente—. Hagas lo que hagas, todo irá en contra tuya. ¡Por más inocente que seas, te declararán culpable!

Manny se asustó al verla gesticular como una loca. Aquella no era su esposa.

—¡Pero no hemos de seguir su juego! —siguió diciendo mordiéndose los labios—. ¡Tú no volverás a salir! No irás al trabajo. Los niños no irán a la escuela. Lo he estado reflexionando muy bien, aquí sentada. Cerraremos la puerta con llave y nos quedaremos en casa. Ellos no podrán entrar.

Manny, asustado e impresionado, pensó que era lo mejor seguirla aquella corriente.

—Haremos lo que quieras —le aseguró, con voz velada—. No saldremos más que lo preciso. ¿Quieres que venga aquí mamá, o mandamos a los niños con ella?

Rose abrió pavorosamente los ojos y crispó las manos.

—¡Quieres llevártelos de aquí! —gritó—. ¡Piensas que estoy loca...! ¡Pues tú tampoco eres perfecto! Me ocultas muchas cosas. ¡Có-



... MANNY QUEDÓ SUSPENSO ...

mo puedo estar segura de que no eres culpable? ¡Pudieras serlo!... Pediste dinero prestado para ir de vacaciones, cuando no podíamos costearnoslas. Siempre querías comprar cosas a plazos. ¡Yo te dije que no! ¡Te dije que se acumularían las facturas y no podríamos pagarlas! ¡Y así ha sido!... Y ahora, esto era lo que nos faltaba. ¡No puedes salir libre! ¡Te han destrozado tu coartada! ¡Están decididos a hundirnos! ¡Y lo harán! ¡Nos hundirán!

Rendida, deshecha en llanto, gimiendo entrecortadamente, cayó en brazos de Manny, quien la recogió tiernamente. Pasados unos momentos, Rose se calmó, y pudo razonar cueradamente.

—Tienes razón, Manny —susurró—. A mi me ocurre algo. Tienes que encerrarme en algún sitio.

- o -

Manny la llevó a que la reconociera el doctor Banay, quien sostuvo, a solas con ella una entrevista.

—Yo he fracasado, doctor —le dijo Rose. Su mente, enferma a causa de los serios disgustos de los últimos días, creía firmemente en ello.

—¿Cuándo empezó a pensar tal cosa? —preguntó suavemente el doctor.

—Cuando detuvieron a mi marido. Comprendí entonces que yo había fracasado.

—¿Cómo lo comprendió usted?

—No sabría decirlo —vaciló Rose—. Ellos quieren mi desgracia.

—¿La persiguen a usted o a Manny? —inquirió el doctor, atento a sus extrañas reacciones.

—Lo que quieren es castigar me a mí, porque no he sido buena esposa. Todo... todo lo hice mal.

—¿No le han detenido por un delito?

—No, no... ellos saben que él no es culpable. Yo soy la culpable. Me persiguen a mí. Me persiguen a mí y darán conmigo. De nada me sirve intentar luchar. Es inútil. ¡Saben que soy culpable!

Concluido el reconocimiento, el doctor Banay habló con Manny, reservadamente.

—Sufre un trastorno mental —le notificó—. Ella se culpa de todo lo que le ha ocurrido a usted...

—¡Pero no tiene la culpa! —exclamó Manny, muy apenado.

—No, pero cree que la tiene. Y lo cree con tanta fuer-

za, que se le oscurecen todos los demás pensamientos. Ve peligros por todas partes, y supone que ella los ha traído hacia usted. Está como sepultada por una montaña de temor y de culpabilidad.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Manny, angustiado.

—Llevarla a un sitio vigilado, donde se la pueda someter a tratamiento.

—No puede quedarse en casa con nosotros?

—No, si es que de veras quiere usted que se cure.

Manny, emocionado miró suplicante al doctor.

—Yo no puedo creer que Rose...—exclamó—. ¡No puedo apartarla de mi lado! ¿Es incurable?

—No hay ningún caso incurable —aseguró el doctor Banay.

—Yo quiero llevárla al mejor sitio —dijo Manny—. Lo que sea mejor para ella.

Horas después, llegaba con Rose a una clínica. Un médico y una enfermera se encargaron de acoger amablemente a su esposa, a la que vió desaparecer con ellos, dejándole solo para enfrentarse con los terribles problemas que le agobiaban...

Llegó el día señalado pa-

ra el juicio. Para Manny, se trató de un nuevo eslabón de aquella cadena de terribles accidentes que le atenazaban. Veía que toda su vida se estaba derrumbando a su alrededor.

Hablaron el fiscal y el abogado defensor O'Connor; se interrogó a los testigos; el trance más espantoso para Manny fue cuando se pidió un testigo que tocara el hombro de la persona que entró a robar el 9 de julio... Y la mano del testigo se posó en él.

Pero tuvo lugar un incidente entre los dos abogados, en vista de lo cual O'Connor solicitó declaración de nulidad del juicio. El juez accedió a la petición.

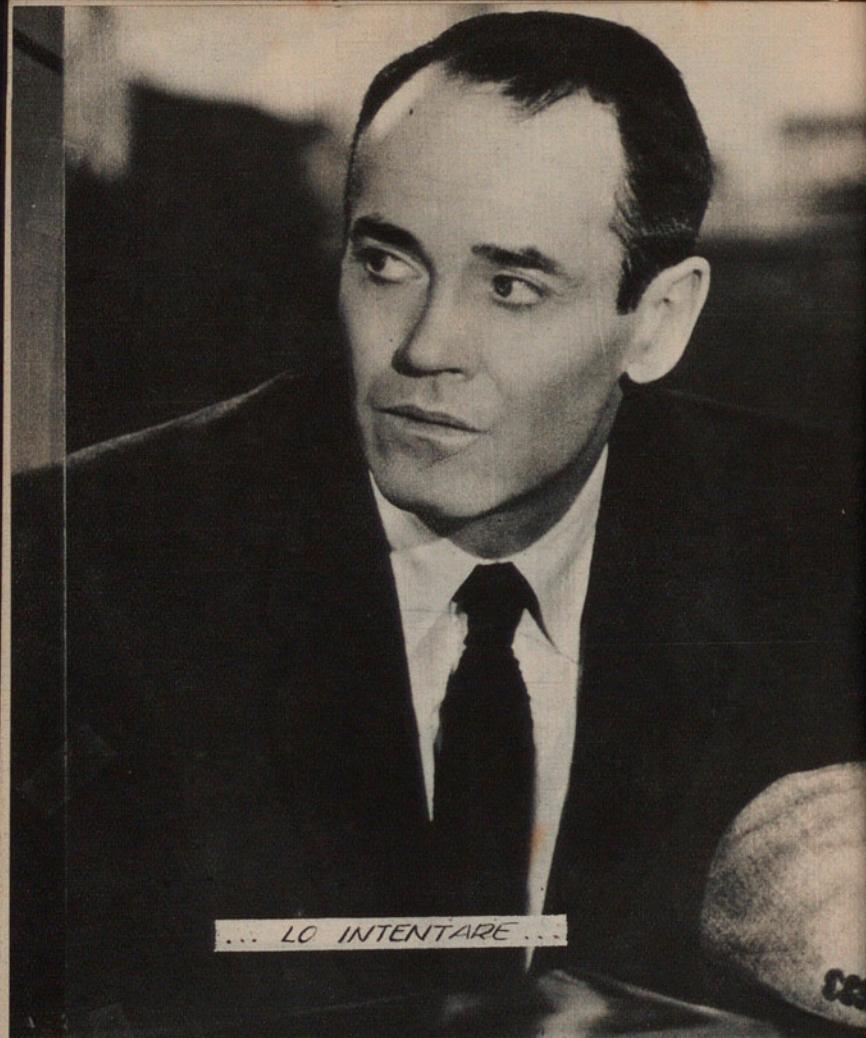
—Hemos tenido que pedir nulidad —suplicó su abogado a Manny—. No ha sido posible evitarlo. Hemos de volver a pasar por todo esto. ¿Tendrá fuerzas para ello?

—Lo intentaré —susurró Manny, desalentado.

- O -

Inesperadamente, sucedió algo que vino a cambiar la situación por entero. El hombre por quien Manny había sido confundido, de asombroso parecido con él, al entrar a robar a un comer-





... LO INTENTARE ...

cio, fue detenido. Los testigos lo identificaron al punto. Manny fue libertado. Al abandonar la Comisaría, se detuvo ante el verdadero atracador.

— ¿Sabe lo que por su culpa le pasa a mi esposa? — le preguntó.

Acudió a verla enseguida. Rose se le acercó, acompañada de una enfermera.



— ¡Ya han detenido al que cometió los atracos! — anunció Manny a su esposa, tratando de que penetrase en su perturbada mente la alegría de la noticia.

Pero Rose parecía lejana, que no le oía siquiera. Le miró impasible, sin demostrar reconocerle.

— Dígaselo otra vez — recomendó la enfermera.



... VIVEN FELICES...

—Saben que soy inocente —pronunció él, con dolorido acento—. Podemos reanudar de nuevo nuestra vida. Pero Rose le volvió la

espalda e hizo ademán de retirarse.

—¡No te alejes de mi así! —le suplicó Manny, tomándola de la mano—. Yo te

quiero. Esta terrible pesadilla ha terminado.

Por fin, ella le miró, y sus ojos adquirieron algo de vida.

—Me alegro por tí —murmuró, de modo extraño.

—Y por tí también. Nada puede ser bueno para mí si no lo es también para tí. ¿No te sirve de nada saber esto?

—No— contestó Rose, fatalmente.

—¿Cómo puedo ayudarte? —casi gritó Manny.

—Nada puede ayudarme —dijo ella, tétricamente.

La enfermera, cuando Rose se alejó, murmuró a Manny:

—Vuelva usted.

—Yo confiaba en un milagro —confesó él.

—Ocurren a veces, pero hace falta tiempo. Ella ahora no le escucha.

Manny salió de la clínica con el corazón destrozado.

- o -

Transcurrieron dos crueles años para Manny Balestrero. Trabajó, cuidó de los niños, ayudado por su madre... y visitó repetidamente a su esposa. Sin ella, parecía un hombre perdido. Por fin, al cabo de ese tiempo, Rose pudo regresar a su hogar, completamente curada. Actualmente, ella y Manny viven felices en Florida, con sus dos chicos. Lo que sucedió les parece a todos una pesadilla... Pero ocurrió.

F I N

PROXIMAMENTE



DE ENTRE LOS MUERTOS

** CINENOTICIAS **

ALFRED HITCHCOCK el famoso director y maestro del "suspense" en el cine, dijo una vez durante una entrevista de prensa "Hacer películas es deliciosamente sencillo. Tome un retazo de tiempo, ayúdalo con el color y la emoción y ya tiene usted una película".

La vida de este hombre que posee todos los resortes de la intriga y la angustia, comenzó en 1900, en el próspero Londres del principio de siglo.

Está considerado como un hombre con un gran sentido del humor, lo que ha dado lugar a juzgarlo como un gran comilón. No hay duda de ello ante sus 290 libras de peso, ahora considerablemente reducidas ya que en 1944 perdió 100. Fuera de Nueva York existe la creencia de que Hitchcock solo come beefsteaks y helados, ya que ha declarado que no confía en la habilidad de los "chefs" de cocina americanos. Hitch dice: "Yo no soy realmente un comilón celestial pero yo creo que estoy en el cielo cuando como".

Hitchcock tiene una enorme corpulencia, cara redonda, doble barbilla, ojos azules y poco cabello negro, lo que le da un aspecto divertido de simpático e irónico querubín. En el set nunca levanta la voz, sus estrellas se sienten enseguida ganadas por su tranquila autoridad y su profundo conocimiento de todas las fases de la producción.

Lee novelas en las que no está particularmente interesado, para deleitarse en cosas que huyen de su estilo. Sus films en cambio son de puro estilo Hitchcock encuentra muy divertido cambiar de ambiente. Desde Londres vuela frecuentemente a Suiza a pasar el fin de semana, y su primer fin de semana en Hollywood, le encuentra siempre en vuelo a Sun Valley, Idaho.



¿QUE HAY DE UN HOMBRE?

Cuenta Charlton Heston a su regreso de Roma, donde permaneció varios meses para filmar la espectacular película "Ben Hur", de Metro Goldwyn Mayer, que al llegar a la Ciudad Eterna, oyó varias veces quien decía: —E Mosee—, lo cual quiere decir: "Es Moisés". Sin duda los que así decían le habían visto en la película "Los diez mandamientos", en la que representa Moisés.

Terminó el rodaje de "Ben Hur" y en la misma estación Terminal, los porteros, mozos y alguien del público, exclama: —Ecco Ben Hur—, cuya traducción es: "Ahí va Ben Hur".

Decir que Heston no se sentía halagado por este reconocimiento del público, sería mentir; sin embargo no pudo menos que lamentarse entre un grupo de amigos, con estas palabras: —A ver que día oiré que digan: ¡Ahí va Charlton Heston!



NO SE RESIGNA

Hace ya mucho tiempo, demasiado, si tenemos en cuenta la gran personalidad cinematográfica de Claudette Colbert, que no la vemos en los platós, originando esto el disgusto de la artista que no se resigna a quedar postergada para siempre, criterio que es fácil compartir, pues en cualquier momento la veremos aparecer en algún reparto dejándonos maravillados con su arte.



PAUL NEWMAN

Siquiere saber Vd. las películas que tiene trabajadas tan singular actor, no tiene más que abrir el guardarropa; allí, encontrará toda clase de trajes, empleados en sus diferentes caracterizaciones, ya que tiene por norma el adquirirlos para hacer colección. Curiosa costumbre, y cara...

TITULOS PUBLICADOS



- 1 EL PUENTE SOBRE EL RIO KWAI
- 2 ¿DONDE VAS ALFONSO XII?
- 3 SAYONARA
- 4 PAPA PIERNAS LARGAS
- 5 TU Y YO
- 6 ANASTASIA
- 7 EDDY DUCHIN
- 8 DUELO DE TITANES
- 9 LOS CARNETS DEL MAYOR THOMPSON
- 10 EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS
- 11 GIGANTE
- 12 EL REY Y YO
- 13 CITA EN HONG-KONG
- 14 EL MUNDO ES DE LAS MUJERES
- 15 VIVA LAS VEGAS
- 16 LOS PUENTES DE TOKO-RI
- 17 ANA DE BROOKLYN
- 18 MAS ALLA DE LAS LAGRIMAS
- 19 MIENTRAS NUEVA YORK DURME
- 20 EL CONQUISTADOR DE MONGOLIA
- 21 FALSO CULPABLE

EN PREPARACION

De entre los muertos
Amor a reacción
Los lios de Susana

Amanecer sangriento
Nacida en marzo
etc.

COLECCION FOTOFILM DE BOLSILLO